

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

Imágenes Identitarias de la Globalización e Identidades Territoriales Emergentes en el Sur de Chile.

Roberto Santana.

Cita:

Roberto Santana. (2001). *Imágenes Identitarias de la Globalización e Identidades Territoriales Emergentes en el Sur de Chile*. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/113>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/y67>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Rosaldo, Renato. 1991 *Cultura y verdad*. CNCA_Grijalbo, México.
Rodríguez Torrent, Juan. 1997 *Metáfora Occidental y Lenguaje olvidado: arquitectura de sus legitimaciones y contradicciones*. Indios vivos para tecnócratas muertos. Tesis Doctoral, Instituto de Investigaciones Antropológicas UNAM, México.
2000 *Educación y comunidad*. Dirección de Programas Especiales, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso.
Salas Quintanal, Hernán y Juan C. Rodríguez Torrent. 1998 "Antropología Contemporánea:

Globalización, dependencia y caducidad conceptual". En Cuicuilco Nueva Epoca, Volúmen 5, Nº 12, Enero-Abril, México.
Sartori, Giovanni. *La sociedad multiétnica*. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros. Taurus, Madrid.
Thompson, John B.. 1993 *Ideología y cultura moderna*. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas. UAM- Xochimilco, México.
Wallerstein, Immanuel. 1996 *Abrir las ciencias sociales*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades- UNAM y Siglo XXI, México.

Imágenes Identitarias de la Globalización e Identidades Territoriales Emergentes en el Sur de Chile¹

Roberto Santana*

La dimensión identitaria como objeto de estudio, particularmente en su dimensión socio-antropológica, adquiere relevancia particular en una región caracterizada por una fuerte diversidad cultural como es el caso de la Región de Los Lagos. Su abordaje por las ciencias sociales tiene particular interés no solamente en vista de la elaboración de las políticas públicas sino principalmente en la perspectiva de un aumento de la capacidad estratégica de los individuos y grupos sociales, facilitando su inserción en las dinámicas de modernización y adquiriendo una disposición razonada para afrontar las exigencias del mercado. Nuestra experiencia en el sur de Chile nos hace pensar que el perfil deseable de las políticas públicas para una nueva construcción territorial debería estar marcado por un tratamiento menos técnico-burocrático y mucho más imaginativo de la diversidad cultural, así como también por una más seria toma en consideración de los fenómenos identitarios en su expresión territorial.

Los lazos que se tejen, o deberían tejerse, entre las identidades culturales y el mundo globalizado, entre la diversidad y las políticas públicas, constituyen un fenómeno que fue perfectamente desconocido durante el período de la economía nacional protegida y dominada por el Estado. En ese entonces, la planificación del desarrollo era una cuestión de econometría, de cálcu-

los matemáticos, de cuentas nacionales, de estadísticas regionales, de planes de desarrollo donde estaban ausentes el contexto cultural, las adquisiciones organizacionales y tecnológicas de las diferentes construcciones socio-históricas, así como la expresión política de reivindicaciones venidas de las diferencias étnicas y/o culturales. Habría que atribuir un premio a quien tenga la suerte de encontrar una referencia al tema de la identidad en las preocupaciones de la política pública en el contexto del modelo de sustitución de importaciones!!! El fenómeno de la mundialización ha venido a reintroducir los factores culturales, sociales y religiosos como factores "actuantes" en el desarrollo de las sociedades, los cuales son incorporados con pleno derecho al campo de la reflexión científica de los economistas y de otras disciplinas científicas. Evidentemente, aquí se abre un espacio gigantesco para la reflexión y la práctica de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales

Propuse a este Simposio el tema de las identidades en su relación al desarrollo regional porque me parece que la noción de identidad cultural nos conduce a considerar algunas articulaciones esenciales en la construcción de nuevas economías, en particular dos. En primer lugar, está la referencia a la adscripción territorial infaltable de la identidad, significando o determinando

* Groupe de Recherche sur l'Amérique Latine, Université de Toulouse-Le Mirail, Francia

la existencia de "construidos históricos" a partir de los cuales es posible imaginar nuevos tejidos de coordinación que expresen las intenciones o la voluntad de los actores hacia el cambio social, es decir hacia nuevas construcciones territoriales. No menos importante es la relación intrínseca de la identidad a la noción de patrimonio cultural, entendida ésta en su acepción más vasta, es decir, como impronta material pero también como riqueza valórica o simbólica. Estamos aquí frente al "núcleo" más prometedor de recursos movilizables de lo que se ha dado en llamar el capital social, en la perspectiva de un desarrollo con identidad, es decir, sin sentimiento de pérdida del *ethos* cultural. Territorialidad y patrimonio cultural emergen así cómo las dos palancas claves de la movilización social en la perspectiva del desarrollo local o regional. Dos terrenos que tal vez los antropólogos y otros científicos sociales deberían privilegiar, tanto más que se trata de dominios que ofrecen un amplio campo a la aplicación.

Es difícil que el estudioso o el observador de los procesos regionales en el sur de Chile, no sea tocado y sorprendido por las nuevas figuras y entonaciones con que aparece el tema identitario, manejado sea por los poderes públicos, sea por grupos sociales en busca de reconocimiento o representación, sea por los intermediarios sociales que actúan, o pretenden actuar, como avanzada de la sociedad civil. A las viejas identificaciones colectivas, cuya filiación a una matriz socio-cultural específica -y a su anclaje territorial consecuente- es fácilmente reconocible, se superpone hoy una proliferación de imágenes destinadas a singularizar lugares y/o territorios a las cuales sus creadores asignan un valor identificador, es decir, atribuyen un poder de producción de sentido, un potencial para construir nuevas identidades.

Estamos así frente a tentativas de construcciones identitarias, llamémoslas «de marketing», que vienen a sumarse a aquéllas de carácter socio-histórico y a aquéllas de carácter político-administrativo promovidas por los centros políticos. Conviene a mi juicio, aún cuando se trata por un lado de simples imágenes identitarias y por otro de identidades "reales", tratar de ver o imaginar la manera cómo ellas interactúan o pueden interactuar y cómo ellas pueden ser compatibles al interior de un proyecto global de construcción regional. Aquí descansa una buena parte de las posibilidades de un desarrollo con calidad. Tenida cuenta de los desafíos del desarrollo territorial en Chile y las respuestas predominantemente contingentes ofrecidas por la política pública, me parece que desde el punto de vista de

la investigación aplicada conviene interesarse mucho más que hasta ahora en la prospectiva del desarrollo identitario y creo que los investigadores deberían acordar un lugar importante en sus preocupaciones a la construcción de escenarios posibles. Como punto de partida para iniciar una reflexión a este propósito y jugar un poco con el futuro, tomaré el caso de una de las últimas imágenes con vocación identitaria puestas en circulación en la Región de Los Lagos.

Puerto Montt, «puerta de entrada a la Patagonia»

Puerto Montt, «puerta de entrada a la Patagonia», es en efecto, una de las más recientes imágenes identitarias puestas en circulación en la Región de los Lagos, en la ocurrencia por boca del Alcalde² de la ciudad capital regional: "La idea es consolidarnos como el centro neurálgico de la Patagonia, entendida ésta como un área geográfica amplia y con un destino turístico como los Alpes o el Caribe (...) Queremos ser la capital del sur (...)»³. "El concepto Patagonia no es un afán propagandístico, sino nuestro mejor aliado para vendernos como destino turístico, tal como el Caribe, los Alpes, o un circuito africano. Nadie irá solo a Puerto Montt y aquí es muy importante lo que podamos hacer"⁴. La ambición declarada no deja lugar a dudas sobre el designio estratégico y por lo mismo no deja de recordar - sin que haya ninguna filiación ideológica y tampoco el mismo contexto político- la idea lanzada en la época del gobierno militar de hacer de Puerto Montt la capital del país (haciendo abandono de la capitalinidad de la región metropolitana), idea que tomaba en cuenta la prolongación de la «estrecha y angosta faja de tierra» por un sur despoblado e hipotéticamente lleno de promesas.

Es evidente que la intención de establecer un nexo entre la ciudad-puerto-capital regional y la Patagonia corresponde a un proceso de producción artificial de identidad, fenómeno ampliamente difundido en el contexto de la globalización, donde el leit-motiv de la figura identitaria propuesta para un lugar o para un territorio es una búsqueda de una nueva valoración colectiva, de un *plus* en la capacidad de acción de la colectividad, de una renovación de las energías a través del marketing comunicacional, con un objetivo claro de lograr beneficios por la vía de los negocios. Afirmar un destino como puerto de transferencia posicionándose como punto neurálgico de escala en los itinerarios de los gran-

des circuitos navieros internacionales con destino a la Patagonia, no vendría sino a reafirmar la vocación turística de Puerto Montt ya reconocida nacionalmente y aún internacionalmente. La fórmula «puerta de entrada a la Patagonia» representa una búsqueda de singularización para darse un perfil todavía más nítidamente turístico, para insuflar una nueva fuerza a la acción colectiva, todo lo cual que viene a reforzar el apelativo de «Puerto Montt ciudad turística», figura ya ampliamente incorporada al imaginario colectivo porteño. A las fortalezas turísticas ya reconocidas de la ciudad-puerto y de su entorno, viene a sumarse el atractivo de la «magia» de la Patagonia: las tierras australes, hasta ahora objeto de un turismo selectivo y/o de aventura, se ponen de más en más en el itinerario del gran turismo internacional, sobre todo el rico turismo de cruceros de larga duración, el de los paquebots de lujo. Puerto Montt, formando parte de las redes turísticas que manejan este negocio, estaría viendo doblarse en los próximos años el número de escalas de paquebots. La ciudad-puerto recibió en la temporada turística 2000-2001 un número de 58 recaladas realizadas por 22 cruceros, en su gran mayoría provenientes de Miami, y atendió 43 000 pasajeros. Esas cifras deberían ser dobladas en el espacio de cinco años según los responsables puertomontinos.

La primera virtud de la imagen en cuestión es su carácter potencialmente operatorio. Nada parece más lógico que la ciudad-puerto busque crear los medios de asegurarse un progreso sostenido. La imagen Puerto Montt «puerta de entrada de la Patagonia», no deja de corresponder a una cierta utopía fundada en la magia de las tierras australes, pero que adquiere contornos realizables en la época de la globalización si se considera el fenómeno de «contracción» de las distancias y las nuevas posibilidades de relacionar o articular factores y actores tradicionalmente dispersos existentes en el espacio geográfico al cual se apunta. La apropiación de la imagen por los puertomontinos va a depender ampliamente no tanto de una influencia difusa de la versión lingüística o fotográfica de la imagen identitaria sino de algo muy concreto: la capacidad de los actores locales, si no de todos al menos de algunos, de coordinar sus acciones y sus intereses en función de la nueva propuesta.

Pero como todo proceso globalizador, el fenómeno de creación identitaria artificial, tendiente en este caso a crear una imagen de «polo organizador» de todo un conjunto territorial austral, puede tener su contrapartida en efectos disyuntivos en lo interno de la región de Los

Lagos y en lo externo hacia el sur archipiélago y patagónico.

Puede imaginarse sin gran dificultad que la proposición del poder local puertomontino va a tener repercusiones políticas sobre los dos espacios territoriales situados al norte y al sur de Puerto Montt, impactando sobre los actuales equilibrios socioespaciales, sobre la problemática de la construcción territorial de la Región de Los Lagos, sobre la problemática del desarrollo chilote y mas ampliamente de la Patagonia.

Su posible impacto sobre la Región de Los Lagos plantea múltiples interrogaciones: ¿Es que el nuevo perfil identitario de la capital regional, la definición patagónica para fines promocionales⁵, va a favorecer el proceso de consolidación identitaria de la región? O, mas bien ¿va a favorecer las tensiones intraregionales, activando los procesos centrífugos?. La vocación deseada de la capital regional a constituirse en «puerta de entrada de la Patagonia» implica para ésta asumir responsabilidades sobre los territorios del sur, determinando al mismo tiempo una priorización de lugares y de asociados y ello puede traducirse en un debilitamiento de su responsabilidad *vis-à-vis* de la Región de Los Lagos. Por ahora, se trata de una imagen identitaria que hace su aparición y, por lo mismo, no se puede saber qué impacto va a tener sobre la acción y los modos de hacer y de pensar de los actores locales, cómo se van a alinear algunos grupos de interés y qué recepción va a tener en la sociedad civil. He aquí en todo caso un tema de estudio por hacer. Lo que sí se puede asegurar desde ya, como lo hemos insinuado antes, es que la proposición estratégica puertomontina, que pone en juego necesariamente su condición de capital regional, plantea con acuidad la cuestión del desarrollo identitario de los territorios componentes de la Región de Los Lagos, no tanto porque haya en torno a las reivindicaciones identitarias una gran actividad de los «organizadores políticos» o de las llamadas «minorías activas» en busca de representación o de integración - lo que no parece ser el signo dominante - sino porque la riqueza cultural existente con anclaje territorial, representa un importante capital social para la modernización y el desarrollo coherente del conjunto regional.

Si es cierto que Puerto Montt y su estrategia identitaria patagónica puede ser sensibilizada negativamente por los habitantes de ciertos territorios, puede crear oposiciones nuevas y reactivar otras antiguas, no es menos cierto que crea también oportunidades diversas, fenómenos que necesariamente influirán sobre la dinámica más general de construcción de una región de

Los Lagos coherente. Muchos lugares, muchos grupos y muchas personas impregnadas de una cierta idea de "adscripción" regional esperan de parte de sus autoridades que haya transformaciones importantes susceptibles de cambiar la vida de todos los días. Pero es claro que no es solamente al poder público que compete jugar sus cartas a fin de asegurar el éxito del proyecto regional, es también a la movilización de los propios interesados en sus territorios de identificación y creo que también a las ciencias sociales del desarrollo.

El tema central que plantea la propuesta puertomontina es la cuestión de la valorización de un lugar-territorio, en este caso por la mediación de una imagen identitaria que hemos llamado de "marketing". La eficacia de la imagen va a depender ampliamente de la capacidad de los actores puertomontinos para desarrollar una dinámica colectiva destinada a producir una oferta de mercado, para crear productos y servicios en cantidad y calidad destinados a una clientela exigente y cuyo número irá en aumento constante. Parece evidente también que la estrategia puertomontina no puede ser asumida exclusivamente por la ciudad-puerto y que ésta se verá obligada a contar con su hinterland, es decir, con los potenciales de los territorios vecinos, y no solamente con aquellos de la Provincia de Llanquihue. Lo que será decisivo será la emergencia de una capacidad de gestión de una economía turística organizándose espacialmente con los puntos del territorio regional que ofrezcan atractivos y originalidad.

Los primeros en interpelar y ser interpelados por las aspiraciones puertomontinas de gran capital del sur patagónico son los territorios marcados por una fuerte identidad cultural. Yo no voy a seleccionar sino dos casos que saltan lo más rápidamente a la vista: aquél de la especificidad cultural de Chiloé y de la identidad de sus territorios, y aquél de la identidad huilliche de los territorios de San Juan de la Costa, en la Provincia de Osorno. En su diferencia cultural hay, sin embargo, aspectos que son comunes a esos dos territorios componentes de la Región de Los Lagos: uno, la debilidad si no la ausencia de un pensamiento estratégico para la modernización y el desarrollo con prácticas consecuentes, fundado en los aportes venidos de la historia cultural específica; dos, la escasa capacidad de coordinación de que dan prueba los actores locales en la perspectiva de proyectos a futuro. Toda la perspectiva de una transición "tranquila" hacia la modernidad depende por lo mismo de la superación de tales handicaps.

La identidad chilota interpelada. ¿Cómo hacer desarrollo y modernidad con la cultura tradicional?

Del lado de Chiloé las reacciones a la propuesta identitaria puertomontina se manifiestan sobre diversos planos y de manera un tanto contradictoria.

Hay que señalar en primer lugar una cierta desconfianza a lo que podría significar una acumulación monopólica de alianzas, de recursos, de funciones y de poderes en Puerto Montt, lo que para algunos iría en desmedro de las posibilidades del desarrollo chilote. La perspectiva de la construcción del puente sobre el canal de Chacao⁶, había puesto ya de relieve la reticencia de quienes temen la acentuación de un drenaje de los recursos naturales en beneficio del centro puertomontino y de las empresas exportadoras de productos sin valor agregado, pero también la reticencia de quienes temen una agresión "salvaje" sobre las tradiciones chilotas, sobre la cultura tradicional. Estas posiciones se recubren o se complementan y puede suponerse - a falta de sondeos de opinión en la gran Isla de Chiloé - que ellas expresan el sentimiento de una gran mayoría de la población.

Pero, por el contrario, otros esperan - los sectores empresariales en primer término - que la construcción del puente permitirá a la isla Grande, y principalmente a su puerto extremo de Quellón, asumir el rol de punta de lanza de las iniciativas hacia la Patagonia, guardando para sí el rol de centro de tráfico y de intercambio de mercancías y personas, y ¿por qué no?, también del tráfico turístico hacia la Patagonia. Quellón está, en todo caso, llamado a ser un nudo central del tráfico de la industria salmonera instalada en los fiordos cordilleranos, cuyo crecimiento en la provincia de Aysén en los próximos años se cifra en un elevado porcentaje. Pero la afirmación de esa vocación geopolítica, mucho más que en el caso de Puerto Montt, pasa por fuertes inversiones en la construcción de infraestructuras y servicios portuarios y urbanos, y por lo mismo no podría estar concretizándose sino en un período muy prolongado.

Sobre el plano político, aunque no sea abiertamente explicitado, la Provincia de Chiloé, de la misma manera que lo hace Valdivia desde hace mucho tiempo, podría pretender obtener un día el estatuto de Región político-

administrativa, yendo más lejos que las visiones del actual gobernador de la Provincia, para quien «Chiloé es una región sin necesidad de un decreto»⁷. Esto es cierto, pero si Chiloé tiene pretensiones estratégicas sobre los territorios del sur, haciendo de sus títulos históricos un soporte para pretender una implicación y una responsabilidad en cuanto al desarrollo del ámbito patagónico, un poco de autonomía regional no le vendría mal. Recuérdese que antes que empiece el poblamiento por los chilotes de las Provincias de Aysén y Magallanes fue de Chiloé que partieron las expediciones de «reconocimiento» de la Patagonia, fue Chiloé quien tuvo a su cargo asegurar la soberanía española sobre esos territorios en la época de los piratas y corsarios y de las aspiraciones coloniales de las grandes potencias. Y también no olvidar que una buena parte de la Patagonia Argentina está poblada por chilotes, desde hace varias generaciones.

Pero los chilotes no están todavía allí: el verdadero problema de los habitantes de las islas con raíz chilota (hoy existe en la Isla Grande una importante población de origen no chilote) no es tanto, hoy por hoy, el reconocimiento político de una especificidad territorial, sino el de saber qué va a pasar con su *ethos* cultural, lo que significa, ¿qué hacer con la tradición cultural?, o de otra manera, ¿cómo confortar una identidad cultural cuestionada por el desarrollo del sector moderno empresarial venido desde afuera?, ¿qué respuesta dar a la agresividad de los procesos que él provoca, que no sea solamente el rechazo? A todas luces, estas preocupaciones corresponden a una constatación grave: que los referentes identitarios heredados están en vías de retroceso debido a los cambios que se operan en las estructuras productivas territoriales y a la modificación de los comportamientos ligados a una salarización masiva.

El particularismo cultural de Chiloé, así como la vigencia de una identidad chilota, no parecen suscitar dudas al resto de los chilenos ni tampoco a los observadores y estudiosos del archipiélago; sin embargo, hay que decir que el tema no ha sido tratado en su complejidad psico-social y tampoco en su expresión política. A propósito de la llamada identidad chilota, los enfoques existentes son por lo general segmentarios, es decir, el tratamiento se ha centrado en algunos de sus elementos componentes, por ejemplo en la mitología, en la religiosidad, en la expresión musical, o en otros casos en la materialidad de sus expresiones, como por ejemplo en su patrimonio arquitectural y más ampliamente en lo que se ha denominado la «cultura de la madera»⁸, en lo que Munizaga ha considerado como una «cultura

del mar»⁹ que tomó forma principalmente en las islas orientales o en la llamada «cultura de la papa» y en la gastronomía. Hay que agregar a esta segmentación de los factores formadores de identidad, todas las diferenciaciones locales que puede sufrir un mismo sistema de referencias. El tema de los comportamientos del chilote frente a los «Otros», frente al santiaguino, frente al sistema político o frente a las instituciones del gobierno ha sido abordado fragmentariamente por la novelística, a veces también por algún observador, pero no se han realizado análisis integradores provenientes de las ciencias sociales.

Y, sin embargo, es sobre la complejidad del comportamiento identitario chilote que va a jugarse la suerte de los patrimonios culturales del archipiélago y la posibilidad de un desarrollo fundado en una transición a la modernidad que preserve al menos el «núcleo central» de las referencias identitarias. Entonces, el tema de los comportamientos identitarios chilotes está casi virgen para los investigadores, sobre todo en lo que tiene que ver con la transición a la modernidad. Su abordaje supone definir un método que tenga en cuenta los antecedentes lejanos («fidelismo», juego político con el centralismo santiaguino, rol del catolicismo, las «rupturas» o crisis históricas) pero también el contexto contemporáneo, las tensiones creadas por el desarrollo empresarial, las corrientes ideológicas en pugna, etc. Por ahora, visto de una manera muy empírica, el «conservacionismo cultural» pareciera ser la corriente principal que domina en el espíritu y comportamiento de los chilotes; la otra corriente, minoritaria, está vinculada con los sostenedores del llamado «reciclaje cultural», liderada por arquitectos como E. Rojas y otros, y por algunos agentes del desarrollo que promueven el turismo rural y/o la explotación durable del bosque nativo.

Puede decirse que en relación al futuro el proyectado puente sobre el canal de Chacao adquiere el carácter de un test de cómo los actores chilotes van a posicionarse frente a la estrategia puertomontina. A priori tienen dos opciones: afrontarla negativamente o coger la oportunidad asociándose estratégicamente. Su gran fortaleza para esta segunda alternativa siendo la riqueza de su patrimonio cultural. La interrogación mayor que los actores chilotes deberían entonces contestar tiene que ver con las posibilidades de fundar sobre su propio patrimonio socio-histórico un desarrollo de actividades «modernas», productivas y de servicios de calidad, orientadas hacia las nuevas clientelas, en el caso que nos ocupa las clientelas del turismo interna-

cional. Sobre ellos recae la responsabilidad de una toma de conciencia colectiva de que Chiloé, paralelamente a la llegada de sectores modernos de la economía que no forman parte de la tradición (salmón principalmente), puede y debería desarrollarse también en función de su propia identidad cultural. Por desgracia, ha habido y hay muy poco debate sobre esta cuestión de importancia crucial, excepción hecha de aquél que tuvo lugar hace algunos años atrás a propósito del «reciclaje» de la arquitectura chilota de la madera, en torno a las experiencias del Taller de Arquitectura en Chiloé, dirigido por Edwards Rojas¹⁰.

Que la cultura chilota tiene necesidad de una suerte de «refundación», apoyándose en aquellos dominios donde la expresión creadora se muestra históricamente mas rica, es el punto de origen de una filosofía cultural del desarrollo mas que una evidencia, pero hay muchas personas que no lo ven así, sea por interés inmediatista, sea por desconocimiento, sea por desidia. Esas personas necesitan saber que muchos procesos innovadores pueden tener un anclaje en la herencia, en los conocimientos todavía dejan igual, en las prácticas conocidas, incluso en el imaginario social, terrenos a partir de los cuales es posible crear nuevos procesos de aprendizaje y de formación.

Históricamente, las iniciativas de desarrollo en Chiloé han aparecido en su mayor parte como operaciones venidas de afuera que no se integran en una estrategia de conjunto del archipiélago y, peor aún, sus impactos chocan y erosionan de manera a veces brutal el viejo tejido social y cultural. Esto que decimos está íntimamente unido al hecho de que, forzosamente, en el curso del desarrollo las nuevas actividades económicas así como las nuevas modalidades del trabajo, generan otros tipos de relaciones sociales como así también simbolizaciones ritualísticas de aquéllas, creándose un proceso de confrontación y de sustitución sino totalizante al menos parcial, pero esto es parte de la apuesta hecha sobre la modernización. Para un desarrollo sin «ruptura» no hay otra manera de ver o hacer las cosas que pasando necesariamente por la «mediación» de la cultura chilota. El debate indispensable que debería ser promovido en Chiloé tiene que ver con esta afirmación¹¹.

Un tema central de ese debate tiene que ver con la lógica que ha presidido los procesos productivos desarrollados tradicionalmente en Chiloé, es decir, que las actividades económicas no se miden por su alta productividad cuantitativa o por su rentabilidad, puesto que ellas, como dice Marino, responden a un ciclo diferente

adaptado a una particular relación hombre-naturaleza. Según este autor, el chilote trabaja en función de lo que posee y lo que considera «debe ser»¹², confortando así su *ethos* personal y su existencia material. Conviene recordar, sin embargo, que tales principios han sido propios de una lógica campesina de reproducción de la sociedad chilota que funcionó relativamente bien varios siglos pero que hoy, cuando la sociedad está ampliamente urbanizada, ya no tienen la misma eficacia. Un proyecto estratégico consistente en modernizar y hacer mas rentable el sistema económico chilote tradicional, adaptándolo a las nuevas características y exigencias de los mercados entre cuyos principios están la oportunidad, la competitividad, la calidad y la oportunidad, no puede sino fundarse sobre una ruptura con los ritmos de vida y de actividad típicamente rurales.

De todas maneras, el cambio de comportamiento a este respecto ha comenzado brutalmente con la salarización generalizada que se conoce desde los años 80 y que tenderá a acentuarse en las condiciones de un desarrollo más amplio y diversificado de la economía chilota. Otro tema de debate tiene que ver con los actores del cambio. Si la sociedad chilota aficha una voluntad de afirmar su identidad cultural como central en sus estrategias, ello significa el imperativo de abandonar un comportamiento habitual hasta aquí de los chilotes de «dejar hacer», de quedarse como espectador pasivo o a veces indignado de las iniciativas venidas de afuera, para promover, por el contrario, un proceso de coordinación ampliada de los actores locales (asociatividad), creando instancias organizativas, tomando iniciativas y haciendo proposiciones. En teoría, la concertación de los actores puede tener el efecto de un elemento catalítico permitiendo a las sociedades locales aumentar considerablemente su capacidad de iniciativa y de negociación, creando de cierta manera «sus ventajas competitivas» que son tanto o más importantes que las ventajas comparativas ligadas a ciertos recursos. De toda evidencia, desde este punto de vista, los actores chilotes aparecen con un fuerte handicap: una cultura que se nutre de aquélla que fue propia —y que lo es aún para muchos habitantes rurales y urbanos— de productores «independientes» viviendo en un hábitat disperso, en un marcado aislamiento geográfico, y por lo mismo con una larga historia de contar sobre sus propias fuerzas (economías domésticas reproduciéndose en la autarquía), todo lo cual, muy naturalmente, ha estimulado un fuerte individualismo y un desinterés por una asociatividad que vaya más allá del aseguramiento del sistema productivo agrícola o de las costumbres tradi-

cionales confortando la identidad, que vaya más allá de la «minga» (sistema de trabajo recíproco), de la fiesta pueblerina, de la devoción a la virgen o al Nazareno, o de la solidaridad de «capilla» política.

Más allá de las limitaciones creadas por la debilidad o ausencia de consenso –no hay que creer que una cierta homogeneidad cultural es prueba de aptitud consensual– entre las personas, o entre grupos de afinidad o personas con los mismos intereses, hay un rasgo que es sobresaliente entre los chilotes: el pensamiento estratégico, o la idea de proyecto social modernizante, tienen poco espacio en los espíritus o en todo caso es algo que avanza con gran lentitud: las visiones y vivencias campesinas siguen ritmando el comportamiento de importantes capas de la población urbana. La emergencia de una asociatividad moderna, susceptible de crear los encadenamientos entre factores y actores del desarrollo dependerá entonces de la ayuda desde el exterior que puede ser prestada por las instituciones públicas, por la cooperación internacional o por las ONGs. Pero ¿es que no hay allí también un lugar para los especialistas de las ciencias sociales?.

En la imagen de Puerto Montt “puerta de entrada de la Patagonia” hay, en teoría al menos, dos principios que son igualmente válidos para los actores chilotes: uno, hacer del nivel territorial/local el espacio de juego de la dinámica identitaria, del juego de los actores y de la interlocución con los poderes públicos; dos, poner por delante una visión «constructivista» del espacio, permitiendo a los colectivos humanos, gracias a sus esfuerzos múltiples, hacer de sus territorios una construcción socio-cultural moderna. Para explicitar mejor, tomaré un caso de aplicación posible de los temas y principios hasta aquí abordados, poniendo de relieve lo potencialmente movilizable pero también las inercias de orden cultural que es necesario vencer.

Un caso de aplicación: El patrimonio arquitectónico chilote y el desarrollo local

Se sabe que muchos pueblos chilotes presentan gran atractivo por la calidad de su arquitectura en madera. Algunas comunas se inquietan por la preservación de inmuebles con valor histórico-arquitectural, muchos de ellos en mal estado de conservación y algunos en peligro de desaparecer porque sus propietarios no están en condiciones de financiar reparaciones. Es el caso

de la pequeña comuna de Curaco de Vélez, rica en casas muy antiguas e interesantes arquitectónicamente. Un segmento importante del patrimonio local está allí en juego. La búsqueda de financiamiento institucional para una simple renovación de inmuebles de propiedad particular tiene pocas chances de tener éxito. Ese tipo de proyectos no tiene el mismo signo que la preservación de las iglesias chilotas (patrimonio chilote/patrimonio de la humanidad, financiado por la UNESCO), o de los *palafitos* de Castro (patrimonio de la capital provincial, proyecto financiado benévolamente desde España). Qué hacer?

La simple renovación de casas sin estar incluida esta acción en una proposición de política cultural más ambiciosa (ligada por cierto a otras actividades, principalmente el turismo) despierta muy poco entusiasmo. Pero el interés puede ser otro si se concibe el tema de la preservación arquitectónica en una perspectiva estratégica más amplia de desarrollo local. La preservación de los inmuebles en cuestión puede adquirir otro sentido. Ellas pueden constituir un elemento central de un eje de actividad cultural que las valoriza, en interés de los propietarios pero también en el interés público. La actividad cultural por imaginar debería fundarse sobre antecedentes locales reconocidos, los cuales evidentemente existen pero necesitan ser articulados. Sin embargo, en el contexto de hoy una actividad cultural de carácter sostenido y con posibilidades de futuro –que puede significar inversiones relativamente importantes– difícilmente puede ser organizada por un pueblo aislado o una pequeña comuna. Por lo mismo, aquí se abre otra problemática para los actores locales: ¿cómo articular acciones con otros pueblos o comunas?; ¿cuál es esa actividad cultural que puede atraer público a Curaco, pero también a Dalcahue y a Tenaún, por ejemplo?. Imaginemos que se podría construir algo en torno a la música. No hay un gran festival de música en Chiloé que combine algo de la música tradicional y de la música clásica y moderna. En Dalcahue se han dado esporádicos festivales de música chilota tradicional, en Tenaún existe una gran casa antigua, arquitectónicamente muy interesante, que posee un piano «de cola»; en Curaco hay unas casas antiguas magníficas, en algunas de las cuales se podría imaginar la creación de espacios útiles al proyecto. Un festival descentralizado en varios lugares, donde se puedan juntar energías y recursos de varias localidades o comunas, podría tomar forma beneficiándose de las nuevas orientaciones estimulando la intercomunalidad y las redes en las tareas del desarrollo local.

En una visión "contextualizada" como la sugerida, las casas por renovar empiezan a tener un sentido mucho más atractivo para los habitantes locales y hace aparecer otra problemática importante del desarrollo local que es necesario manejar: la compatibilización de lo privado y de lo público, del interés para la colectividad de una política institucional que favorece el interés privado. La "puesta en escena" de las casas por preservar depende también del interés que allí pueda encontrar la colectividad: espacios para salas de conciertos o recitales, espacios para museos de la música, otros para la restauración, etc. Si no es la música habría que imaginar otra actividad «motora» y articuladora sobre la cual concebir la «puesta en escena» de las casas por preservar....

El escenario descrito no puede imaginarse sin la adopción de algunos principios: la adopción en primer lugar de una concepción «patrimonialista» del proyecto, donde el bien inmobiliario, propiedad u objeto de la intervención pública, al mismo tiempo que es efectivamente favorecido con inversiones, debería ser visto por los actores locales como un punto de apoyo para concitar solidaridades y fundar una negociación destinada a concretizar la toma de conciencia de algo que es de interés común. Para ejemplificar, me imagino que alguna de las casas de Curaco - la mejor sería la más espectacular por su talla y arquitectura - podría ser el objeto de una negociación (cesión, arriendo, u otra forma) destinada a abrir la posibilidad de dejar la planta baja de la casa, o un ala de la misma, para la creación de un espacio accesible al público, una sala y sus anexos (para recitales, para biblioteca, para exposiciones, para fiestas, u otra finalidad de interés para la comunidad entera).

Una perspectiva de este tipo supone que el inmueble o los inmuebles no solamente son restaurados en las totalidad de sus estructuras y funcionalidad, sino que pueden sufrir transformaciones estructurales destinadas a acoger un otro tipo de usuario, se complejiza entonces su finalidad (espacio residencial privado combinado con un espacio público, ambos coexistiendo). El inmueble es suficientemente grande para tales ambiciones, la propietaria vive sola en esos grandes espacios y no utiliza realmente ni el 30% de la superficie construida, el valor arquitectónico de la construcción es evidente, todas éstas son condiciones interesantes

a priori para la concepción de un proyecto multiobjetivos. De la preservación/renovación estamos pasando a la renovación/transformación del inmueble en función de la complejización de su uso. Esta asociación de lo privado y de lo público en el desarrollo local interpela fuertemente la experiencia social heredada de la dictadura militar y también el individualismo chilote y pone a prueba la aptitud de los diferentes actores para la acción colectiva.

Por otra parte, la valorización local del patrimonio arquitectónico no consiste solamente en la restauración de las estructuras en peligro o en deterioro para salvar las obras de las generaciones pasadas, sino que también en acompañar esas acciones de obras de la generación actual, teniendo como base elementos de lo antiguo e introduciendo formas de la modernidad (variantes estilísticas, nuevos materiales...), el todo asegurando un *continuum* cultural. Quiero decir con esto que la calle del pueblo donde están localizadas las casas por restaurar, o más ampliamente el barrio, deberían ser vistos en una perspectiva de «densificación» del estilo arquitectural dominante, pero también imaginando la creación de variantes arquitecturales en la construcción privada o en aquéllas de utilidad pública (local de eventos, gimnasio, instituciones públicas reunidas...).

La adopción del principio del tiempo «largo» en el desarrollo total del proyecto, es también parte de la complejización necesaria, pero ello permite no solamente una proyección de los objetivos más allá de la contingencia, mirando incluso los intereses de las generaciones que vienen, sino que permite un montaje financiero determinando bien las prioridades urgentes pero también otras que van más allá del «salvataje» de las casas en peligro. Es decir, que por un lado se afirma el carácter estratégico del proyecto y por otro, se evita asustar a los eventuales financistas con demandas presupuestarias que pueden parecerles demasiado elevadas.

La simple renovación arquitectónica aparece así como un desafío más complicado de lo que parece a simple vista, puesto que se debe complejizar el proyecto en su contenido cultural y en la argumentación relativa al desarrollo. Esto evidentemente requiere de un aprendizaje, que no puede ser suficientemente eficaz si no está fundado en un conocimiento de los comportamientos, de las capacidades creativas y asociativas de la población, conocimiento que sólo las ciencias sociales pueden aportar

¿Cómo los huilliches podrían interpretar la propuesta puertomontina de capital turística?. Un caso para la construcción de escenarios

¿Qué puede decirle a los habitantes huilliches de la cordillera de la Costa de la Provincia de Osorno la estrategia de valorización de la ciudad-puerto por el gran turismo a la cual se lanza la ciudad de Puerto Montt? Tal vez por ahora, no les diga nada, puesto que sus líderes están poco presentes en la marcha general de la región, generalmente ausentes en las decisiones relativas al gobierno regional, y tampoco hay representación visible de grupos indígenas en Puerto Montt y las comunas próximas. Sin embargo, creo que un buen número de chilenos, pero por desgracia muy pocos indígenas, saben que a 35 Km. al suroeste de Puerto Montt se encuentra el sitio más antiguo de ocupación humana descubierto en América, el cual ha venido a cuestionar todas las anteriores versiones acerca del poblamiento del continente. El sitio corresponde según su descubridor, el arqueólogo Tom Dillehay, a un antiguo campamento de mas 12 mil 500 años de antigüedad, donde vivió un grupo de 20 a 30 personas, cazadores y recolectores, habiendo ocupado el sitio por cerca de un año, habitando en refugios cubiertos fabricados con madera y pieles^{1 3}. Otro sitio, casi contiguo, podría remontarse a 30.000 años de antigüedad “Los sureños necesitan su propia historia expuesta y Monte Verde representa el primer capítulo de ésta. Además, necesitamos un lugar para depositar y cuidar la colección de materiales de Monte Verde” decía Tom Dillehay al diario El Llanquihue a comienzos de este año^{1 4}, señalando que desde hacía 15 años había tratado de interesar a las autoridades chilenas en la construcción de un museo para el sitio, abierto al público, y que solamente hace muy poco tiempo ha logrado que el Gobierno Regional destine una suma de casi 10 millones de pesos, que por cierto no alcanzará sino para echar las bases del establecimiento. Solamente la Universidad Austral de Valdivia parece haber brindado apoyo a la iniciativa de Dillehay. Hasta donde se sabe, ni el Gran Consejo de Caciques Huilliches, ni la CONADI, ni ninguna otra instancia huilliche han considerado que este hallazgo y que la empresa en que esta empeñado el arqueólogo Tom Dillehay, pueda tener alguna importancia para la valorización

del *ethos* indígena y de los territorios huilliches y, sin embargo, los huilliches son los “primeros sureños” de que habla Dillehay, los primeros que pueden reivindicar una filiación con tal descubrimiento, puesto que esos antiguos habitantes del sitio pueden ser reivindicados legítimamente como sus ancestros lejanos. Este es un caso ejemplar, de como un elemento cultural importante puede pasar completamente desapercibido para un grupo que, sin embargo, debería tener todo el interés en valorizarlo como propio, como elemento constitutivo de su propia identidad. La ciudad de Puerto Montt puede perfectamente concebir el sitio y el museo como constitutivos de su propia identidad en construcción, cosa que no es excluyente en sí misma, pero que a falta de otros interesados en reivindicar una filiación al sitio descubierto puede derivar en una apropiación exclusiva e indebida. Pero, por otra parte, Puerto Montt no podría hacer avanzar su proyecto sin considerarse ella misma como un polo “distribuidor” de la clientela turística y por lo mismo debería tener interés en crear alianzas con quien tenga algo interesante que presentar u ofrecer, ya sea por su valor mercantil, cultural o simbólico. Mirado desde este punto de vista, el sitio y museo adquieren otra dimensión: objetivamente elementos históricos constitutivos de la identidad huilliche, podrían ser vistos como una prolongación virtual del territorio huilliche, o como una “antena” cultural del patrimonio indígena, formando parte de las manifestaciones culturales de revalorización indígena. Esta idea nos trae una vez más a la complejidad de las relaciones entre identidad y territorio, puesto que más allá de constituir un dato objetivo, el territorio de la identidad es un construido histórico cambiante, de fronteras fluidas, que solamente puede ser captado en todas sus connotaciones de una manera empírica. Más que la preocupación del agrimensor o del cartógrafo para “fijar” los límites físicos del territorio, se trata como dice un autor “de comprender lo que constituye el sentimiento de pertenecer a, y descubrir el espacio de inteligibilidad común a los actores más allá de sus diferencias y conflictos, también los efectos de esta comunidad de sentimientos y de lenguaje”^{1 5} La identidad social tiene sin duda un anclaje territorial y es también evidente que no se limita a la sola expresión geográfica o espacial, puesto que «la territorialidad puede significar un lugar, una superficie reducida, una idea situándose en la esfera de lo cotidiano o bogando en las esferas más sublimes»^{1 6}. El territorio de la identidad en esta perspectiva puede ser hasta una idea, una utopía, una figura virtual...

Pero el sitio arqueológico de Monte Verde no es el único elemento sobre el cual los indígenas podrían pretender jugar un rol en el gran designio puertomontino. Podrían ser imaginados también participando en las redes de sostenedores del gran proyecto, insertándose en los circuitos o itinerarios turísticos, desarrollando su propia oferta turística fundada en la identidad étnica y en su potencial territorial.

Claro, esto supone que los huilliches se inscriben en una estrategia de modernización económica y cultural que valoriza sus territorios tradicionales, que valoriza su hábitat, el paisaje rural y natural, sus costumbres y sus rituales. Ello supone un gran esfuerzo de creación y de gestión. Tal designio supone que en la "puerta de entrada" al territorio de San Juan de la Costa, es decir, en la ciudad misma de Osorno tome cuerpo lo que estaría llamado a constituir un gran hito simbólico bajo la forma de Complejo Cultural Huilliche (verdadera "sala de recepción" de los territorios huilliches), que el hábitat de la comuna adquiere un perfil específico que lleva la impronta de la diferencia cultural, que el etno-turismo asegura las infraestructuras indispensables a la recepción de la clientela, que los productos locales ganan en valor agregado, que la belleza escénica y la biodiversidad del bosque nativo de la cordillera costera -en gran parte propiedad de las comunidades huilliches- son respetadas y preservadas.

A primera vista, todas esas tareas parecen desproporcionadas para el nivel de desarrollo actual de la población huilliche, sobre todo para el bajo nivel de formación profesional dominante y para una marcada debilidad en la coordinación de acciones colectivas, todo lo cual se traduce en una ausencia de capacidad y de comportamiento empresarial. Pero no conviene desestimar ciertos factores positivos que sugieren un cambio en la situación. El mejor signo son las experiencias embrionarias que emergen por aquí y por allá: una comunidad donde los jóvenes huilliches administran un restaurant turístico especializado en los productos del mar, un grupo de comunidades que entran en los "planes de manejo" del bosque nativo, otra que decide literalmente "congelar" la explotación del bosque por considerarlo un soporte esencial de un proyecto etno-turístico, otra en fin, que administra un camping en el balneario de Maicolpué.... Muchas de estas iniciativas aisladas son el resultado de la acción de algunos líderes o profesionales indígenas que han logrado interesar a alguna de las instituciones que operan en el sector, pero todas ellas se realizan en la dispersión, sin que emerja un proyecto común coherente, mostrando

la ausencia de una política cultural que pueda funcionar como eje aglutinante de iniciativas dispersas, que ponga énfasis en la noción de patrimonio cultural y que dé sentido a la acción colectiva.

La política cultural, como resultado de una asociación de intereses huilliches e institucionales, no podría ser entendida como una manera de "conservar" las identidades, y habría que concebirla más bien como un mecanismo que favorece la puesta en perspectiva de las identidades detrás de un proyecto de construcción territorial que les da sentido y que permita crear una dinámica social, es decir, una visión de futuro. La dinámica deseable es la rehabilitación cultural del grupo étnico y con ella la valorización de los sitios o del territorio, los cuales dejan de ser subestimados, relegados o despreciados para transformarse en lugares atrayentes por su aspecto paisajístico, por el cuidado del medio natural y ambiental y por las manifestaciones culturales a las cuales sirven de soporte. El operador susceptible de realizar esta transformación, de conferir prestigio y reconocimiento de parte de los "Otros", es en este caso el patrimonio cultural, entendido en su acepción más amplia, con gran número de referentes y por lo mismo aplicable a múltiples objetos. La política cultural entendida en tales términos representaría algo así como el "gran proyecto" estratégico de la etnia huilliche, una operación susceptible de lanzar la sociedad autóctona sobre un desarrollo económico diversificado, el desafío permitiendo superar disensiones localistas o faccionalistas, visiones sectorialistas del desarrollo y divisiones partidistas excluyentes y mezquinas. La voluntad política en torno a un proyecto común es la condición primera de una nueva dinámica identitaria. Pero, atención. No hay que exagerar las disensiones existentes, como tampoco aceptar la idea tranquilizante de que la homogeneidad étnica es sinónimo de consenso, y más bien poner de relieve el hecho que las representaciones sociales se organizan alrededor de un mismo núcleo central, es decir, del mismo principio generador de las significaciones¹⁷, ofreciendo así un terreno en que los compromisos son posibles en torno a una empresa común. Una voluntad de negociación puede entonces ser creada allí donde antes reinaba el faccionalismo.

A modo de conclusión: Los investigadores sociales, ¿"facilitadores" de la transición?

La perspectiva en que estamos, nos lleva a retornar a la responsabilidad de las ciencias sociales en el desarrollo territorial, así como a la responsabilidad de la política pública. Para los científicos sociales, su responsabilidad consistiría en poder participar en los procesos de aprendizaje con vista al desarrollo localizado, en promover una «cultura de la estrategia» entre poblaciones que han vivido y siguen todavía funcionando con lógicas de reproducción que corresponden más a la llamada economía "moral" que a la economía de mercado. Frente al mercado y sus exigencias de despliegue estratégico, no se puede soslayar, por ejemplo, la realidad de la distancia que separa la capacidad estratégica de los actores puertomontinos, llamémoslos "modernos", y la debilidad de los actores indígenas prisioneros de los ritmos de la naturaleza. Me parece que en este punto preciso esta contenida toda la complejidad de la cuestión global/local, mejor dicho del impasse frecuente en la articulación creativa de esos dos polos de referencia para el desarrollo.

A propósito de este debate entre la globalización y el desarrollo local, las cosas parecen, sin embargo, dar vueltas en redondo mientras el tiempo pasa, esperando tal vez que la mundialización sea contenida como si alguien tuviera la varita mágica para detenerla. Todo indica, por el contrario, que ella puede apenas ser domeñada en sus expresiones más brutales. Mientras el debate continúa, con gran dosis de ideologización, se olvida que si muchos actores operando con lógicas o paradigmas antiguos no logran subir al tren en marcha ello se explica en gran parte porque, precisamente, no están suficientemente armados para implementar estrategias colectivas de modernización y utilizar así las oportunidades abiertas por el nuevo modo de funcionamiento de la economía nacional e internacional. Por eso es importante debatir en torno a algunas premisas claves, como algunas discutidas a propósito del caso de Chiloé, puesto que aparecen como insoslayables en una visión modernizadora de la sociedad. En síntesis, el desafío para los científicos sociales consiste, a mi juicio, en cómo favorecer en los medios marcados por la tradición, la emergencia de una suerte de cultura de la estrategia, en la cual el aprendizaje

indispensable para el desarrollo local aparezca como prioritario. Este aprendizaje debería ser entendido no como un simple almacenaje de información y conocimientos del lado de los actores, ni tampoco como una multiplicación de acciones más o menos rutinarias, sino como la adquisición de una capacidad para hacerse conjeturas sobre el futuro, para "atar" cabos sueltos, para manejar y reelaborar los conceptos y para su puesta en común, es decir, para crear escenarios realizables. Los científicos sociales pueden jugar entonces el rol de "facilitadores" de la transición a la modernidad. Tal vez este desafío obligue a ir más allá de lo que ha sido la práctica científica de la llamada "investigación participativa", en la medida que no se trata de un simple "acompañamiento" de los sujetos en la vida cotidiana, actividades y luchas diversas, sino más bien de un esfuerzo por tender un puente entre los objetivos propiamente científicos y las exigencias actuales de modernización social, de ir más allá de los resultados de la encuesta para construir conjuntamente con los actores sociales los escenarios posibles de un "reciclaje" histórico. El montaje de escenarios posibles es un trabajo de síntesis, de puesta en movimiento simultáneo de múltiples elementos, de factores y de actores dispersos, para construir otro objeto, para construir lo territorial con identidad. Para tal empresa, tal vez los científicos sociales, por el tiempo que dedican a la reflexión, al trabajo intelectual, estén mejor armados que las Consultoras, siempre cortas de tiempo y volcadas a la práctica absorbente, o que las instituciones del Estado marcadas por el estigma burocrático de lo sectorial. Los responsables de las políticas públicas necesitan de esos nuevos escenarios. Los poderes públicos regionales pueden reconocer a nivel discursivo y coyuntural la existencia de especificidades culturales de ciertos grupos sociales y/o de ciertos territorios, pero eso no significa automáticamente que van a poder llevar a cabo la implementación de una adecuada política pública, porque se puede afirmar que el principal obstáculo para ello es la incapacidad institucional a imaginar escenarios complejos, hacia los cuales hacer converger las múltiples acciones dispersas. Los fenómenos identitarios demandan respuestas culturales, cuyo carácter es esencialmente integrador, pero ello no quiere decir que esas respuestas no sean políticas en el sentido estratégico, es decir, que no apunten con prioridad a la revalorización identitaria.

Los científicos sociales pueden también servir de intermediarios útiles en la negociación entre comunidades, en la promoción de acciones asociativas, en la entrada

de cada uno de los actores en el «juego» común. Su rol puede ser importante en la «fabricación de compromisos» entre la potencia pública y las minorías territorializadas, tanto mas que este mecanismo debería ser con el tiempo el sustituto de una planificación standard marcada hoy por el sectorialismo de las acciones institucionales y por el verticalismo de las decisiones y de los procesos de ejecución. La investigación acerca de los «organizadores políticos» o de los animadores de la diversidad territorial está por hacer, como está por hacer el estudio de las diversas estrategias de singularización identitaria que emergen detrás de algunos proyectos.

Notas

- 1 esta ponencia fue escrita en el marco de investigaciones sobre el desarrollo durable en la Región de los lagos que llevan a cabo investigadores chilenos (Universidad de los Lagos), y franceses (Universidad de Toulouse-Le Mirail) en un Programa de Cooperación ECOS/CONICYT (1999-2001).
- 2 Quinteros, Rabindranath, En: Encuentro Mundial Turismo Naviero, El Llanquihue, Viernes 16 de marzo 2001, luego de un viaje a Miami, acompañado de representantes públicos y privados de Chile y Argentina, cuyo objetivo inmediato era para participar en el de, y ocasión en la cual la delegación tomo contacto con múltiples operadores turísticos y otras personalidades del mundo de los negocios.
- 3 El Llanquihue, Viernes 16 marzo 2001.
- 4 El Llanquihue, Viernes 9 de marzo 2001.
- 5 El interés que despierta la Patagonia hace incluso que algunos quisieran que la identificación «patagónica» comience ya en el Bío-Bío, como un responsable na-

cional de SERNATUR lo hacía en declaraciones a la prensa en marzo 2001.

- 6 Su construcción demoraría 5 años y su terminación es previsible para 2007, según fuentes oficiales.
- 7 Márquez, Víctor Hugo al asumir sus funciones, Diario El Llanquihue 26 de marzo del 2000.
- 8 Marino, Mauricio, Chiloé: economía, sociedad, colonización, Ediciones Victor Naguil, Ancud, 1985, p 35; Santana, Roberto, "Articulación entre cultura de la madera y explotación durable del bosque nativo en Chiloé. Ideas a partir de una encuesta preliminar", Revista Líder n°9, primer semestre 2001, Universidad de Los Lagos, Osorno.
- 9 Carlos Munizaga, en 2 Antropología Cultural en Chiloé y su influjo en la XI región, II Jornadas Territoriales, Colección Terra Nostra, n°12. Santiago, 1988. Pp 61-73. Este autor vio allí "una peculiar mezcla o estilo de vida", donde, "ligada a una economía marina encontramos una personalidad marina y hasta una heroicidad marina".
- 10 Ver el libro de Edwards Rojas El Reciclaje Insular, Edit, Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia, 1996, donde expone su concepción de la modernización de la arquitectura chilota de la madera a partir de la tradición chilota.
- 11 Santana, Roberto, Ver sobre estos temas de debate los artículos ya citados.
- 12 Marino, cf. p 35.
- 13 " Monte Verde : ahora o nunca ", El Llanquihue, 9 marzo 2001.
- 14 idem.
- 15 Salais, Robert, in Bernard Pecqueur (ed) Dynamiques territoriales et mutations économiques, L'Harmattan, Paris, 1996.
- 16 Chebel, Malek, La formation de l'identité politique, PUF, 1986. Paris.
- 17 B. Pecqueur, cf. p 215